

MAURO



Índice

Portada
Dedicatoria
Nota
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Capítulo 119
Capítulo 120
Capítulo 121
Capítulo 122
Capítulo 123

Capítulo 124
Capítulo 125
Capítulo 126
Capítulo 127
Capítulo 128
Capítulo 129
Capítulo 130
Capítulo 131
Capítulo 132
Capítulo 133
Capítulo 134
Capítulo 135
Capítulo 136
Capítulo 137
Capítulo 138
Capítulo 139
Capítulo 140
Capítulo 141
Capítulo 142
Capítulo 143
Capítulo 144
Capítulo 145
Capítulo 146
Capítulo 147
Capítulo 148
Capítulo 149
Capítulo 150
El viaje de Emma
El viaje de Kim
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

*Think outside the box, collapse the box and take
a fucking sharp knife to it.*

bAnKsy,

Nota

Esta novela recrea la popular colección de los años ochenta y noventa «Elige tu propia aventura». Todos los libros empiezan con la misma advertencia: «¡No leas todo el libro seguido, del principio al fin! En sus páginas hallarás muchas y variadas aventuras». Porque aquí tú eres el protagonista. Sigue tu intuición y decide tu ruta para este caluroso verano con veinte finales diferentes.

Ve al capítulo 1 y conviértete en Emma, una chica de veinte años de Nueva York que está a punto de llegar a París. Tus decisiones marcarán su verano. Cuando acabes empieza de nuevo la historia en el capítulo 2: ahora estás en la piel de Kim, un chico de Barcelona que necesita un cambio y se va a la ciudad de la Luz... Lo mejor de esta novela es que si no te gusta cómo acaba, sólo tienes que volver atrás. En este libro todo es posible, ¡buen viaje!

1

«Hace un frío de mil demonios — te dices mientras miras por la ventana del avión—. ¿A quién se le ocurre poner el aire acondicionado tan fuerte?» Tu chaqueta no te basta y te envuelves con la fina manta que hace un rato te ha entregado la azafata. Al menos, tienes la ventana. Sí, pero, por otro lado, cuando quieras salir, tu vecino tendrá que levantarse... «Bueno, relájate, Emma — te dices—, te esperan ocho horas de vuelo, así que más vale que te distraigas.» Y te pones los cascos para escuchar música.

El mar está tranquilo, o eso es lo que parece desde esta altura. Hay pocas nubes en el cielo. Son blancas y gordas, pedazos gigantes de algodón. La luz roja del extremo del ala se enciende y se apaga de manera intermitente. Ves también varias estelas que han dejado otros aviones. Son tres, ahí, a lo lejos, y dos más cerca, que se cruzan. ¿Adónde van? ¿Cuál es su destino? Cuánta gente yendo de un sitio para otro mientras abajo todo sigue su ritmo habitual.

Mamá te ha acompañado al aeropuerto. Tú le has dicho que no hacía falta, pero ella ha querido ir. Habéis subido al taxi y al poco ha empezado a contarte por enésima vez su primer viaje a Europa. Conoces la historia de sobra, pero la escuchas como si no la hubieras oído antes. Papá y mamá fueron de luna de miel a París, la Ciudad de la Luz, el Sena, los *bateaux-mouches*...

Qué romántico y qué tópico. Estuvieron una semana y fueron a la Ópera y al Louvre. La ves contenta y nerviosa. Luego te ha preguntado si lo tenías todo. El pasaporte, el billete, el dinero. «Claro, mamá, que no tengo quince años.»

Al pasar por delante de Central Park has dejado de escucharla. Te has fijado en los árboles y en los colores de las hojas moviéndose con el viento. Por un instante se ha parado el tiempo y te has despedido de lo que — aparte de Mark— más echarás en falta de esta ciudad.

Lo sabes porque ya te ha sucedido antes. Pero esta vez será más intenso, seguro. Es tu primera salida en solitario. Has recorrido la costa Este con tus padres desde que eras pequeña, y el verano pasado fuiste con tus amigos hasta Nueva Orleans. Ese viaje... Sonríes recordando los mejores momentos de tantas horas de carretera. Ahora será diferente, así lo has querido. «Todo irá bien», te dices confiada; tienes ganas de conocer a tía Martha, a su marido Alvin y a tus primos.

El avión se tambalea. Entráis en una zona de turbulencias. Suenan los avisos de ajuste de cinturones. Piden por megafonía que todo el mundo se siente en su sitio y que se dejen los pasillos despejados. Tanto movimiento no te hace ninguna gracia. Rebotas varias veces y alguien delante de ti grita pidiendo socorro. Tu compañero de al lado te mira divertido y te guiña el ojo. ¿Puede alguien pasárselo bien en una situación como ésta?

El del otro lado del pasillo debe de ser su hermano pequeño. Después, están sus padres. Él no parece estar tan contento... Se han comido una enorme bolsa de patatas fritas entre los dos y ahora quizá se arrepienten. Otra vez: todo se mueve, arriba y abajo. El pequeño se pone rojo mientras el mayor sigue como si estuvierais en una montaña rusa.

Tras dos minutos, que parecen horas, el avión recobra la estabilidad. Suspiras aliviada y oyes cómo tu corazón bombea con fuerza. La subida de adrenalina ha sido considerable. Los dos hermanos comentan la jugada eufóricos. Parece que el susto ya ha pasado (sobre los asientos se apagan las luces de cinturones abrochados).

«¿Dónde estaba? En tía Martha, eso es, tía Martha, la prima segunda de papá, que vive en París desde que se casó con el francés más guapo del mundo. O eso, al menos, es lo que dice mamá.» De la boda tú no te acuerdas porque entonces tenías tres años. Después no habéis coincidido ni en Nueva York ni en Chicago, de donde es papá y sigue viviendo la abuela.

La familia siempre es la familia y, cuando dijiste que querías ir a Europa, mamá pensó en tía Martha. La llamó y enseguida dijo que por supuesto, que te esperaban con los brazos abiertos. Tú eres hija única, así que te alegras de aterrizar en una casa con dos chicos. Son Tom y Nicolás, de veinticinco y diecisiete años. Tú te has hecho ya amiga de Tom en Facebook y has visto que se parece a su padre...

Ahora, en el cielo no se ven nubes. Todo es azul al otro lado de la ventanilla. Cierras los ojos mientras te cubres con la manta. Te quitas las zapatillas, te haces un ovillo en tu asiento y apoyas la cabeza contra el marco. Pero no consigues relajarte y abres de nuevo los ojos.

Tu vecino lee un cómic de superhéroes. Es Batman. Está en un callejón oscuro y sucio, lleno de ratas. De repente le tiran una red encima y dos viñetas después consiguen reducirlo. Aparece el Joker, se le acerca...

Tu vecino te mira y te pregunta si lo quieres, que él tiene un montón más.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bueno, como quieras.

Y sigue leyendo. Tú te vuelves hacia la ventana sin éxito: al cabo de cinco minutos, te encuentras de nuevo con la mirada sobre el cómic. Te inclinas hacia delante para ver mejor cómo sigue la aventura y entonces tu compañero cierra el cómic y te lo da sin decirte nada. Lo coges, ¿qué vas a hacer, si no? Y antes de darte cuenta él ya está leyendo otra historieta de Batman.

* *

Pasa al capítulo 3.

2

Estás tumbado en tu litera y el traqueteo del vagón no te deja dormir. Deben de ser las doce pasadas. Todo es gris, noche. En un murmullo, cuentas hasta diez. Sin embargo, sigues despierto; ¿qué esperabas? Y decides encender la luz.

Pero el de abajo no tarda en quejarse:

—Eh, oye, que no estás solo.

—Hasta cien.

—¿Cien?

—Sí, diez no sirve. Comprobado. Cierra los ojos y cuenta hasta cien, anda.

—Y tú apaga la luz.

—Voy a leer un rato.

—No.

—No, ¿qué?

Y, desde la cama inferior del otro lado, se oye la voz del abuelo:

—Bueno, basta ya. Si no os calláis, voy a tener que encender yo también mi luz.

El de abajo os manda al infierno y vuelve de nuevo la calma.

Coges tu bloc, y en la primera página que encuentras en blanco dibujas una bicicleta tricolor y de carreras con ganas de llegar al fin del mundo. También dos manos gran-

des y árboles, palmeras, varios edificios, campanarios y centrada a lo lejos la torre Eiffel junto a estrellas y un sol de atardecer. Alguien dijo una vez que no somos ni la bici ni el ciclista, porque lo que realmente somos es el viaje.

Abajo, añade tu nombre: Kim. Luego pasas la página, como con tu historia de la universidad.

Todo ha sucedido esta misma tarde: la expulsión de la Escuela de Bellas Artes, la rabia y el tren. Aunque cualquiera diría que lo tuyo parece una huida, tú lo llamas *borrón y cuenta nueva*. Miras adelante sin hacerte muchas preguntas. En un impulso has hecho la bolsa (sólo las cuatro cosas imprescindibles) y te has dirigido a la estación de Francia. De los destinos para esta noche, te has quedado con París y, sin pensarlo dos veces, has sacado un billete en el Talgo de las 19.55.

Te has tomado una caña en el bar de la estación y has matado el rato ojeando el periódico. La mayoría son noticias ya sabidas, repetidas varias veces por la radio y la tele. A ti no te interesan, tú te fijas en las columnas laterales y la letra pequeña. En la sección de negocios dicen que un chaval de Dublín ha ganado una pasta con una aplicación de rastreo de móviles. «Joder, hay que ver qué cosas más raras triunfan.»

Ahora viajas metido en este compartimento de cuatro y no puedes dormir. Cierras tu libreta, apagas la luz y bajas de la litera: tienes ganas de estirar las piernas. Te vistes en diez segundos y sales al pasillo. Cierras la puerta tras de ti y, sin nadie a la vista, te acercas a la ventana. Fuera hay campos y una carretera de dos carriles que sigue paralela la vía del tren. Un coche cruza en sentido contrario. «¿Dónde debemos de estar?», te preguntas sin tener ni idea.

Estás decidido: no vas a pensar ni en la universidad ni en el decano, el doctor Bech. Pero, de tan claro que lo tienes, no dejas de tenerlo presente. Es como lo del elefante